

nuó sus operaciones recorriendo á Filix, Andarax y Ohanes, batiendo en todas partes á los moriscos, llevándolo todo á sangre y fuego, repartiendo entre su indisciplinada hueste el botin, reemplazando con el incentivo de la ganancia los que despues de las batallas huian con los despojos y esclavas á gozar por aquellos cerros el fruto de sus rapiñas.

Las ventajas de los cristianos no bastaban á sofocar la rebelion. El trato inícuo que se daba á los que habian depuesto las armas bajo la buena fé de un salvoconducto, irritaba y exasperaba á los rebeldes. Hubo momentos en que en la córte alarmados de lo grave y prolongado de la lucha se pensó en que el mismo Felipe II marchase á Granada á ponerse al frente del ejército y con su presencia y autoridad redujese aquel reino, como antes lo habia hecho el rey don Fernando el Católico. Prevaleció la opinion del cardenal Espinosa y de los que creyeron que bastaba enviar á Granada á don Juan de Austria, hermano bastardo del rey Felipe II, que se presenta por primera vez en la escena política á los veintidos años de su edad, para que asistido de un consejo de guerra que se habia de formar en Granada, determinase todo lo relativo á la pacificacion de aquel reino, sin poder resolver nada de por sí sin consultarlo antes con el Consejo.

Este nombramiento lo hizo el rey el dia 17 de marzo. Apenas cundió entre las tropas que combatian en las Alpujarras la noticia de que iban á ser

mandados por un príncipe, cuando rompieron el freno de la disciplina militar, faltaron al respeto y consideracion á sus gefes, abandonándose en el pais teatro de la guerra á los mas bárbaros excesos. Saqueaban las aldeas, asesinaban á sus moradores, violaban las mugeres, y produjeron tal exasperacion, que muchos que hasta entonces no habian tomado partè en la lucha, empuñaron las armas y salieron al campo á vengar tantas afrentas. Recurrieron de nuevo á su rey Aben-Humeya, ofreciéndole esta vez no abandonarle y pelear hasta morir. Aben-Humeya aceptó sus ofertas y los animó con la esperanza de socorros del Gran Turco, que habia ido á solicitar su hermano Abdallad.

En Granada el dia 17 de marzo, se cometió un gran crimen que debia acrecer la indignacion de los moriscos, y proporcionarles nuevos y mas implacables partidarios. Existian detenidos en calidad de rehenes ciento diez moros de los mas ricos é influyentes, aunque inhábiles para la guerra, entre ellos don Antonio y don Francisco de Valor, padre y hermano de Aben-Humeya.

Hallábanse encerrados en la cárcel de la chancillería, y en el silencio de la noche, de improviso fueron acometidos por los mismos cristianos que los custodiaban, y aunque aquellos infelices en siete horas de desesperada defensa y agonía arrojaron sobre sus asesinos palos, ladrillos, muebles, cuanto hubieron á las manos, fueron todos inhumanamente

degollados, salvándose solo el padre y el hermano de Aben-Humeya, á quienes aquella noche se habia separado de las habitaciones destinadas á la matanza.

Exasperados con estos ultrages los moriscos mas dóciles y sumisos, corrian á las armas y peleaban hasta morir ó vengarse. Asi ocurrió en Valor, donde los mismos vecinos, tranquilos el dia antes, derrotaron á ochocientos hombres, la flor del ejército, acaudillados por los capitanes Alvaro de Flores y Antonio de Avila, y pasaron á cuchillo á estos dos gefes y á casi toda su tropa. En Turon mataron tambien al capitan de Adra, Diego de Gasca. Asi iban pereciendo miserablemente insignes capitanes, y á cambio de esto, los cristianos con implacable ódio asesinaban sin compasion á los ancianos, las mugeres y los niños de los vencidos.

Aguardaban con ansia todos la presencia de don Juan de Austria, creyendo ver en él el remedio de tantos desórdenes. Despidióse el principe del rey su hermano en Aranjuez, el 6 de abril de 1569, marchando á Granada acompañado de don Luis Quijada que le habia criado en su infancia, y á quien habia mirado como padre hasta el momento en que en Valladolid le reveló Felipe II, abrazándole como hermano, lo escelso de su nacimiento. Entró en Granada el 13 de abril por entre las filas de diez mil hombres, y con el ceremonial que habia arreglado el mismo Felipe II.

Alli en medio del triunfo se encontró con un es-

pectáculo artificiosamente preparado por el implacable presidente de la chancillería, don Pedro Deza. Mas de cuatrocientas mugeres cristianas viejas; vestidas de luto, destrenzados los cabellos y llorosas, viudas y huérfanas víctimas de la rebelion, le pidieron venganza contra los autores de su desgracia.

Al dia siguiente, una comision de los moriscos mas ricos é influyentes, se le presentó quejándose de los agravios de las autoridades cristianas, y de los insultos y desmanes con que la soldadesca maltrataba á los de su raza. Ofreció don Juan proteccion á los que permaneciesen fieles, y prometió tomar en consideracion los agravios de que se quejaban para remediarlos. Congregó inmediatamente el consejo que el rey le habia nombrado, y con el cual debia contar para todo, compuesto del duque de Sesa, nieto del Gran Capitan, del arzobispo de Granada, del presidente de la chancillería Deza, del marqués de Mondejar, y de don Luis de Requesens, comendador mayor de Leon.

En el consejo predominaban opuestas opiniones, luchaban encontrados sistemas. El marqués de Mondejar opinaba por proseguir la reduccion que los mismos moriscos deseaban; el presidente Deza proponia hacer salir del Albaycin y de la Vega á todos los moriscos, internándolos en los pueblos de Castilla.

Mientras tan discordes pareceres se agitaban y se aguardaba la resolucion de Felipe II, don Juan de Austria, absteniéndose de dar su voto sobre la des-

poblacion de Granada, se limitó á reforzar las guar-  
niciones que ocupaban los cristianos en torno de la  
Alpujarra, á nombrar capitanes, á refrenar con vi-  
gor la licencia del soldado, y á establecer la mas se-  
vera disciplina.

En tanto que se perdia en Granada un tiempo  
precioso en las disensiones del consejo, Aben-  
Humeja, situado en el corazon de la Alpujarra hácia  
Ugijar, se preparaba no solo á resistir sino á tomar la  
iniciativa en el ataque. Recibió algunos refuerzos de  
moros de Argel al mando del turco Husseyn, y dan-  
do el mando á los capitanes de su mayor confianza,  
les encargó que esquivando batallas campales fatiga-  
sen incesantemente á las tropas cristianas con mar-  
chas rápidas, y con una continua movilidad.

En breve se derramaron sus partidas por los térmi-  
nos de Almería, Málaga, y la sierra de Bentomiz, ame-  
nazando con sus correrías la florida vega de Granada,  
derrotando á las compañías cristianas y pasando á  
cuchillo á todos los cristianos que caian en sus manos.  
El corregidor de Velez, Arévalo de Zuazo, reuniendo  
un numeroso cuerpo de la gente del territorio de  
su jurisdiccion de Málaga, intentó en el mes de mayo  
apoderarse del peñon de Frigiliana, en cuya fortale-  
za natural se habian establecido los moriscos. Ba-  
tido completamente con pérdida de muchos soldados  
é intrépidos capitanes, tuvo que retirarse vergonzo-  
samente á Velez para ser testigo de los progresos de  
la insurreccion. El marqués de los Velez, deseoso de

acreditarse con un hecho señalado á los ojos de don Juan de Austria, rechaza en Berja á Aben-Humeya, que con diez mil hombres de la flor de su ejército y asistido de su tío el Zagüer, y sus mejores generales, acometió á aquel pueblo por tres puñtós á la vez.

Mil quinientos moriscos quedaron tendidos en el campo de batalla. Aben-Humeya se retiró á Cadiar á rehacerse de tan fuerte derrota. El comendador mayor de Leon, don Luis de de Requeséns, que venia á tomar asiento en el consejo de don Juan de Austria en Granada, llegó á la costa desde Italia con una escuadra de veinte y cinco galeras. Hizo desembarcar los tercios viejos de Nápoles, y el 11 de junio, despues de una ruda pelea en que perecieron los mas ilustres y esforzados capitanes de sus tercios, se apoderó del famoso peñon de Frigiliana, donde un mes antes se habian estrellado las fuerzas de Arévalo de Zuazo. La guarnicion fué pasada á cuchillo, quedando cautivas tres mil personas de ambos sexos, cogiéndose un riquísimo botin de oro, plata, perlas, sedería, granos y ganados.

Aben-Humeya, cuyo ánimo varonil no decaía por estos desastres, dispuso una espedicion hácia el rio Almanzora, insurreccionando toda la comarca y apoderándose de los castillos de Oria, las Cuevas, y Seron.

Seron, la mas importante de las fortalezas de aquella tierra, se rindió el 11 de julio, despues de haber sido completamente batido don Enrique Enriquez, que acudió de Baza á socorrerla.

Mientras corría á torrentes la sangre en los campos de las Alpujarras, don Juan de Austria se veía con impaciencia detenido en Granada, condenado á la inacción que tan mal se avenía con su carácter impetuoso y guerrero, asistiendo á las discusiones del consejo que le habia impuesto su hermano Felipe II, y en el que veía tan encontrados intereses y tan opuestas inclinaciones.

Llegó al fin la respuesta de Felipe II á la medida terrible que le propuso el consejo, y cuya rápida ejecución encomendaba á su hermano don Juan. El 23 de junio amanecieron sobre las armas todas las tropas de Granada, y los destacamentos de los pueblos de la Vega. Se mandó por pregon que todos los moriscos acudiesen á sus parroquias. Obedecieron todas las familias llenas de terror y temiendo la muerte.

El presidente Deza les dió seguridades de la vida, empero conocían el carácter duro de aquel inquisidor, no se tranquilizaron los moriscos, y mas al permanecer encerrados en las iglesias toda la noche con crecidas guardias en sus puertas. A la mañana siguiente trasladándolos entre gente armada á los salones del hospicio, creyeron que los iban á degollar, al ver que el capitan de Sevilla, Alonso de Arellano, dispuso llevar los moriscos de la parroquia del Salvador, precedidos de un Crucifijo en el asta de una lanza cubierto con un negro crespon. Desde el hospicio fueron saliendo por listas y bajo partida de registro, entregados á las justicias de los pueblos á

donde iban á ser internados. Tres mil quinientos moriscos que vivian pacíficamente en Granada, fueron espulsados de su patria.

Miserable espectáculo, dice el historiador Mármol, fué el contemplar tantos hombres de todas edades, las cabezas bajas, las manos cruzadas y los rostros bañados en lágrimas, con semblante doloroso y triste, viendo que dejaban sus regaladas casas, su patria, su naturaleza, sus haciendas y tanto bien como tenían, y aun no sabian cierto lo que se haría de sus cabezas.

Los caminos por donde transitaron estos miserables espulsados quedaron cubiertos de cadáveres. Perecieron unos de fatiga y cansancio, otros despues de ser robados, por los golpes y maltratamiento de sus mismos conductores. Quedaron en espantosa soledad muchos barrios, destruidos sus magníficos baños, y los hermosos cármenes, que embellecian la vega de Granada y que habian creado los árabes. Los soldados alojados en las casas que habian quedado desocupadas, las robaron y destruyeron á su placer, y sin que sus gefes por miedo al motin ó á la desercion hiciesen nada ni les reconvinieran.

Mientras don Juan de Austria y sus consejeros se ocupaban en espulsar de Granada á inofensivos ancianos y débiles mugeres, Aben-Humeya habia conquistado todos los fuertes y el territorio del rio Almanzora donde podia reclutar armas y caballos. Orgulloso con su triunfo, escribió á don Juan de Aus-



tria una carta quejándose de que la Inquisición hubiese dado tormento á don Antonio de Valor su padre, y á don Francisco su hermano. Se confesaba el único responsable de la guerra que sostenía, y ofrecía entregar por su rescate ochenta cautivos cristianos, ó mas si se le exigiesen, aun cuando estuviesen en poder del Gran Turco. Amenazaba con tomar crueles represalias si no se suspendía la persecucion á su familia.

Grandes debates ocasionó en el consejo de don Juan de Austria la lectura de esta carta. Se acordó no responderle y que su padre don Antonio de Valor escribiese á su propio hijo, aconsejándole se apartase de su mal camino y diciéndole era falso se le hubiese dado tormento.

Las disensiones que se notaban en el consejo paralizaban la accion de las operaciones de la guerra, y así el rey, bajo el pretexto de enterarse de cuánto ocurría llamó á la corte al marqués de Mondejar, el que ya no volvió mas á Granada.

Eliminado del consejo el único obstáculo que se oponía al sistema del terror, se prescindió de toda consideracion de templanza, y se pregonó por bando general el 19 de octubre de 1565, la orden para llevar la guerra á sangre y fuego en Granada y en toda la Andalucía.

Cuando la guerra se hallaba mas ensangrentada, cuando los moros acababan de hacer sus correrías victoriosas por el valle de Lecrin, un suceso inespe-

radó vino á cambiar el aspecto de la rebelion. Enamorado Aben-Humeya de la jóven viuda con quien habia huido de Granada al ir á ponerse al frente de la insurreccion, habia escitado violentamente los celos de un morisco vecino de Albacete de Ugijar, llamado Diego Alguacil. Mientras compartia con Aben-Humeya el trono de las Alpujarras, seguia comunicándose con su primo Diego Alguacil esta nueva Dálila, siendo el instrumento de una traicion en que entraron algunos moriscos agraviados por los castigos que Aben-Humeya les habia impuesto por su falta de valor en las acciones de guerra.

Diego Lopez Aben-Aboo y el capitan de los turcos Husseyn, que habia venido de Argel, seducido por medio de una carta fingida en que se suponía que trataba de venderlos, le sorprendieron en los brazos de la hermosa morisca. Aben-Aboo y Alguacil se arrojaron sobre él y lo estrangularon.

Mostró Aben-Humeya gran serenidad, despreció á sus asesinos, y declaró morir satisfecho por haber vengado las injurias que los ministros del rey Felipe habian hecho á su esclarecida familia. Su casa fué saqueada y repartidas sus mugeres, muriendo en afeminado lecho sin tiempo para tomar las armas, á impulsos de la venganza de un celoso, el que titulóse rey de Granada y de Andalucía habia dado un carácter de grandeza al alzamiento, que de otro modo hubiera sido considerado como una insurreccion de los monfis ó salteadores.

A la muerte de Aben Humeya, es elegido rey Diego Lopez Aben-Aboo, que recibe la confirmacion de su título del virey de Argel que le manda algunos socorros. Fueron prósperas sus primeras operaciones en la guerra. El nuevo rey cerca la villa y fuerte de Orjiba; rechaza entre Acequia y Lanjaron al duque de Sesá, que acude en socorro de los sitiados desde Granada. Se apodera de la villa fuerte de Galera, tenida por inexpugnable, y derrota á las tropas que desde Huéscar acudian á socorrer á los cristianos. No solo sorprendian sus partidas convoyes y rendian las escoltas cristianas, sino que con insolencia se mostraban hasta en la misma Vega de Granada.

Don Juan de Austria, á quien las órdenes del rey tenian hacia ocho meses clavado en Granada, representó á su hermano cuan tibiamente se hacia la guerra, el peligro de que la rebelion cundiera á los reinos de Valencia y de Murcia, y su ánsia por salir de Granada á dirigir en persona las operaciones militares. Accedió Felipe II á los deseos de su hermano; mandando que se formasen dos ejércitos, uno á la parte del rio Almanzora, al mando de don Juan de Austria, y otro con destino á la Alpujarra, á las órdenes del duque de Sesá.

Con gran júbilo fué recibido en el ejército don Juan de Austria por la gente de guerra, acompañándole muchos caballeros de los que hasta entonces no se habian movido. La primera empresa del príncipe

fué apoderarse de Gúejar, desalojando de ella á los moriscos que interceptaban los convoyes que iban á las Alpujarras, corrian la Vega, y se presentaban hasta en las puertas de Granada. Libre de estos enemigos, y habiendo recibido refuerzos en Baza, con un ejército ya de doce mil hombres, cercó el fuerte de Gale-ra, que en tanto tiempo no habia podido rendir el marqués de los Velez. Colocó baterías, hizo minas, y haciendo saltar los peñascos y conmoviendo la población, asentada sobre el cerro, dió un asalto general, ganando palmo á palmo el terreno, dejándolo sembrado de cadáveres. No se dió cuartel y fueron pasados á cuchillo dos mil cuatrocientos moriscos, y lo que es mas doloroso, cuatrocientas mugeres y niños. Aquel dia, el 10 de febrero de 1570, dejó de existir la villa de Gale-ra, que mandó asolar don Juan de Austria y sembrar de sal. Necesitaba vengar las grandes pérdidas que durante su sitio habia experimentado su ejército.

Menos feliz fué don Juan de Austria en el reconocimiento que hizo el dia 19 de febrero de 1570 en la fortaleza de Seron. Allí estuvo á punto de perecer por una bala que le dió en la celada, y que por ser demasiado fuerte le preservó la vida. Allí entre varios valientes capitanes vió morir de una bala de arcabuz en el hombro á don Luis Quijada, el antiguo amigo y confidente de Cárlos V, el hombre á quien por tantos años habia tenido por padre y que amaba como á tal.

Reforzado su ejército, volvió el 5 de marzo sobre Seron. Los moriscos no le esperaron. Ellos mismos incendiaron la población y el castillo, y en número de siete mil hombres se subieron á la sierra.

Dirigióse á combatir á Tijola: los moriscos se salieron silenciosamente por la noche, y solo hallaron los cristianos cuatrocientas mugeres y niños y un rico botin que tenían allí guardado. Don Juan asoló aquella villa, y con no poca sorpresa del mismo ejército se apoderó de las fortalezas de Purchena, Cantoria y Tahalí y otras que iban abandonando los moriscos. Fernando el Habaquí se habia puesto en comunicacion con don Juan de Austria con el objeto de proporcionar la sumision de los moriscos y hacer consentir en ella al rey Aben-Abou. Mandaba las fuerzas de aquella comarca y se proponia abandonar á los cristianos las fortalezas del rio Almanzora, persuadiendo á los moriscos que eran insostenibles, replegándose á la Alpujarra para facilitar despues mejor la sumision.

Don Juan de Austria publicó un bando haciendo merced de la vida y prometiendo hacer justicia á los que probaran las violencias y opresiones que los habian provocado á levantarse, á condicion de que pusieran sus personas en manos de su magestad ó de don Juan de Austria. Se ofreció premiar á los que de edad de quince á cincuenta años se presentasen dentro de dicho plazo, armados de un arcabúz, una ba-

lleva, con que pudiesen hacer libres á dos de sus parientes. Se señalaban como puntos para hacer la sumisión el campo de don Juan de Austria ó el del duque de Sesa. Se condenaba á los que dentro de dicho término no se sometiesen á la pena de muerte que irremisiblemente habrían de sufrir.

Al mismo tiempo se fingieron por el licenciado Castillo, que poseía perfectamente el árabe, y varias cartas, figurando ser de algun alfaquí, en que persuadía á los sublevados para que se sometiesen al rey, á fin de evitar tantas calamidades como sobre el país atraía la temeridad de Abén-Aboo y de sus parciales.

Entretanto el duque de Sesa conseguia desconcertar á los rebeldes con sus victorias, y reducir con su prudencia á muchos de los bravos moriscos. Se apoderó durante el mes de marzo del castillo de Velez, de Benaudalla y Lentegi: fortificaba á Compeña, á Maro, y á Nerja, pacificando la costa de Almuñecar, y espulsaba y hacia emigrar al interior de España á los de Borje, Comares, Cutar y Benamargosa.

Coincidió con estos sucesos la espulsión que se hizo el 19 de marzo de todos los moros de paz, sacándolos del reino de Granada, internándolos en los pueblos de la Mancha y de ambas Castillas. Se les indemnizó del valor de los bienes muebles y ganados que poseían, imponiéndose pena de la vida á cualquiera de los moriscos que se quedaran ocultos.

en la ciudad, en las alquerías y cortijos. Estè fué el primer ensayo que se hizo de espulsion. Don Juan de Austria y el duque de Sesa, que habia visto á pesar de sus victorias, mermado por la desercion su ejército, se reunieron en el mes de abril en los Padules, y continuaron con actividad la guerra sin abandonar los tratós para la reduccion. Dispusieron que escribiese don Alonso de Granada Venegas directamente al mismo Aben-Aboo las condiciones ventajosas que le ofrecian para su sumision. Contestó éste sosteniendo la justicia del alzamiento y encargándole se viesese con el Habaquí, á quien habia dado comision para aquel negocio.

Se reunieron en el Fondon de Andaráx el 13 de mayo de 1570; el Habaquí y los comisarios de don Juan de Austria. Propuso el Habaquí las condiciones para la reduccion. Enviadas á don Juan de Austria y oido su consejo, se acordó responder que ante todo trajese poderes de Aben-Aboo, en cuyo nombre iban á rendirse, y que presentasen un memorial suplicando lo que únicamente se les habia de conceder. Redactóse para evitar dudas este memorial allí mismo, por el secretario de don Juan de Austria. El Habaquí prometió estar de vuelta antes de ocho dias con plenos poderes de Aben-Aboo. Volvió en efectó, el 19 de mayo otra vez, al Fondon de Andaráx, mostró sus poderes, y quedaron convenidos los términos en que habia de hacerse la sumision.

Se verificó esta solemnemente en los Padules el 22 de mayo, llegando el Habaquí y arrojándose á los pies de don Juan de Austria, que se hallaba en su tienda rodeado de sus consejeros y capitanes. Rindió á sus pies su espada y una bandera en nombre de Aben-Aboo y de todos los aliados cuyos poderes traía. Don Juan de Austria le devolvió la espada, y le dió seguro de que nadie sería molestado, robado ni perseguido, y que á todos se les dejaria vivir con sus mugeres é hijos en el reino, excepto en la Alpujarra.

Terminada la solemne ceremonia del convenio, marchó el Habaquí á la Alpujarra á dar cuenta de haberse celebrado.

El dia 25 de mayo, con el consentimiento de Aben-Aboo y de todos los capitanes y soldados moriscos, señaló don Juan de Austria los comisarios que habian de recibir los moriscos que fuesen á reducirse. Aben-Aboo, resentido de no haber sacado en el convenio grandes ventajas para su persona, ó pesoso de tener que dejar el título de rey, se negó á cumplir el convenio de reduccion, á pretexto de que el Habaquí no habia mirado por los intereses de su pueblo, y habia faltado á la lealtad. Indignado el Habaquí, ofreció á don Juan de Austria que él haria cumplir el convenio, ó traeria atado á su presencia á Aben-Aboo.

Marchó decidido á cumplir su proposito con alguna gente, en busca del que acababa de ser su so-



berano. Aben-Aboo mandó contra él los moros de su guardia, batieron su escolta, lo cogieron, y Aben-Aboo lo hizo ahogar secretamente enterrándolo en un muladar, sin que en mas de treinta dias supiese nadie de su muerte. Intentó todavía Aben-Aboo engañar á don Juan de Austria, prometiéndole verificar su sumision. Don Juan de Austria le envió el 30 de julio un mensajero, para que tratase directamente con él. Entonces con arrogancia le declaró, que habiendo sido elegido rey, aun cuando quedase él solo en la Alpujarra, jamás se daría á partido, teniendo para un apuro una cueva provista de agua y víveres para seis años, en cuyo tiempo no le faltaría una barca con que poder pasar á Berbería. Entonces volvieron á formarse nuevamente otros dos cuerpos de ejército; con el uno entró el comendador mayor Requesens en la Alpujarra, y don Juan de Austria, y el duque de Sesa con el otro por la parte de Guádix, debiendo de encontrarse en medio de las sierras. En el mes de setiembre el comendador mayor Requesens, hizo una batida general en la Alpujarra. Lo llevó todo á sangre y fuego, destruyó los sembrados, pasó á cuchillo á cuantos hombres encontró, cautivó á las mugeres y á los niños, y los repartió entre sus capitanes y soldados. Buscó á los moriscos en las cuevas donde se ocultaban entre las breñas, haciéndolos salir de ellas por la fuerza de las armas,

ó encendiendo hogueras en sus bocas para abrasarlos con el fuego ó sofocarlos con el humo. Millares de moriscas, de viejos y de niños se cautivaron en estas correrías. Vendíase por esclavos; y por ser tantos, á muy vil y bajo precio.

El 28 de octubre mandó el rey á don Juan de Austria y al presidente de Granada don Pedro Deza, que á la mayor brevedad posible se sacaran del reino de Granada é internasen en Castilla y Andalucía á todos los moriscos, así los de paz como los nuevamente reducidos.

Hizo ocupar don Juan de Austria todos los pasos de la sierra, y el día 1.º de noviembre fueron espulsados de todos los pueblos y de todas las partes del reino de Granada los moriscos, hubieran ó no sido rebeldes.

Dividiéronse en escuadras de á mil quinientos, y fueron conducidos los de la ciudad de Granada, valle de Lecrin, sierra de Bentomiz, Hoya de Málaga, y serranía de Ronda á Córdoba, y repartidos luego por Estremadura y Galicia. Los de Baza, Huescar, Guadix y rio Almanzora, á la Mancha y Castilla la Vieja. Los de Almería y su territorio, embarcados para el reino de Sevilla. No se destinó ninguno al reino de Murcia, ni á las cercanías de Valencia por evitar el peligro del trato y comunicacion con los moriscos de aquellas tierras. Asi en un solo dia quedó despoblado de moriscos el reino de Granada, habiendo costado dos años y dos sangrientas campañas el hacerles doblar su cerviz.

Don Juan de Austria, el comendador mayor, y el duque de Sesá entraron triunfantes en Granada. Licenciaron las tropas de las ciudades, y el 30 de noviembre salió para Madrid don Juan de Austria, dejando al duque de Arcos el cargo de concluir con algunas partidas de moriscos que vagaban por la serranía de Ronda y la Alpujarra, entre otras una de cuatrocientos hombres, que mandaba todavía Aben-Aboo. Puesta á precio su cabeza, y conjurados para su pérdida los parientes de Aben-Humeya, que tenían que vengar su alevosa muerte, lograron que dos de sus mas íntimos confidentes le asesinasen el dia 15 de marzo en una cueva entre Berchul y Mecina de Bombaron, dándole un golpe en la cabeza con la culata de un arcabúz.

Así concluyó el último Omniada! Su matador relleno el cadáver de sal, y entablillado para que pudiera sostenerse caballero en una mula, cubierto con sus mas ricos vestidos, entró en Granada y presentó el cadáver al duque de Arcos en el palacio de la chancillería. El cuerpo del ex-rey de la montaña fué arrastrado, descuartizado, y colocada su cabeza en una jaula de hierro, sobre la puerta del Rastro que da salida para las Alpujarras, con esta inscripcion: *«Esta es la cabeza del traidor Aben-Aboo, nadie la quite bajo pena de muerte.»*

El reino de Granada quedó despoblado, tuvieron que reclutarse en Galicia, Asturias, montañas de Leon y de Burgos colonos, y buscar ganados y ape-

ros de labor, con objeto de distribuirlos á los nuevos moradores, pero estos no sirvieron para el objeto. Los moriscos se habian llevado consigo el secreto de su industria; el pais quedó arruinado para mucho tiempo por la devastacion de los soldados. Los nuevos colonos, á quienes se les dieron las tierras bajo un reducido cánon, no encontraron medios para vivir. Los que consintieron en abandonar su antiguo pais, ó eran inhábiles para la labranza los unos, ó habian tenido los otros un género de vida licenciosa y poco apegada al trabajo. No cumplieron las condiciones bajo las cuales aceptarían las suertes ó porciones de territorio, y se fugaron ó se hicieron bandoleros. Apenas pudieron juntarse doce mil quinientas cuarenta y dos familias, con las cuales se poblaron doscientos setenta lugares, á que quedaron reducidos mas de cuatrocientos que habia en tiempo de los moros. El pais quedó empobrecido, despoblado, habituado á la inmoralidad, y aun hoy, despues de haber pasado mas de tres siglos, no se ha levantado todavía Granada de la postracion en que la dejó la espulsion de los moriscos.